

Transgresiones de la sensibilidad

Así que se quedó, a qué negarlo



un poco pensativa, recostada contra una de las columnas, “salomónicas” por si le interesa a alguien que sepa distinguir las — se notaba aquí un poquito de retintín en el tono de la señorita Emérita — de las dóricas y de las jónicas, con cara de pocos amigos, mirando cómo los operarios se esforzaban en reparar una avería que, le parecía a ella, poquito podía ya importar cuando en apenas una hora iban a poder distinguirse los contornos de las casas, las chimeneas, las cúpulas de las iglesias y los árboles y, algo, pero poco, más tarde, los



colores y hasta el matiz más insignificante de los marrones de las hojas secas que alfombraban los senderos de aquel jardín que conoció tiempos de esplendor — aseguraban algunos y no había por qué dudarlos — pero ya nadie barría.

—Eso no es verdad — quiso pensar.

— ¿De verdad lo quisiste?

—Sí.

Pensando — sin “quererlo”, aunque tampoco se resistió — que se le hacía raro, después de tanto jaleo y aquel constante ir y venir de gente todos dispuestos a decir, tener que responderse sola.

Y no mentía.

Pero supo en seguida que era el suyo un “querer” voluntarioso, merecedor de una calificación más que notable si hubiera que evaluar su dignidad de cero a diez; pero distante y frío y sin nervio y sin garra y sin... Un “querer”, en definitiva, con oficio, de esos que se dejan sentir con impecabilidad, sí, pero aséptica, sin el menor atisbo de pasión.

Oyó voces y el sonido, como un ronroneo, de lo que debía de ser el generador, aumentando — el sonido —, yendo a más con ese casi casi alentador anuncio de ¡ahora sí! seguido, tantas veces, de un descorazonado ¡oh, no!

Uno de los operarios, hombre con bastante seguridad fornido, musculoso y de pelo en pecho, lo que soltó fue una maldición y, el otro,

Transgresiones de la sensibilidad

Así que se quedó, a qué negarlo

aunque tampoco sería de los que suspiran por más desmoralizados que estén, en lugar de maldecir observó, con aplomo, que pues no sabía si iba a valer la pena volver a intentarlo... ¡las horas que son!

—Lo que te digo — se dijo, estirándose un calcetín y luego el otro —: que dentro de nada todo estará ahí sin necesidad de que nadie haga... nada.

—Eso es lo que cree, ¿eh?

Iba a responder que sí, al ponerse de pie y sacudirse la falda, gris, de tablas; pero entendiendo que, puesto que los hombres no podían verla ni oírla, no era a ella, guardó silencio y agarró sus libros y cuadernos y echó a andar aunque, tras apenas dos pasos, ¡ah!... y se detuvo, y sacudió la falda, y ya casi a punto de seguir su camino se volvió para, en un movimiento furtivo, como si la estuviera robando o a traición, echar mano también a su rebeca...

— ¿Por qué lo has hecho?

—Pues, porque...— sacando una manga, la derecha, que qué casualidad estaba del revés —: tenía frío.

Que podía ser una explicación admisible y más cuando, cuando ya la tuvo puesta, se arrebujo si bien, y lo sabía, lo cierto era que no se lograba quitar de la cabeza que ciertos toques de naturalidad conferían a los actos, por insignificantes que fuesen, un halo de... ¿verosimilitud?, ¿autenticidad?, ¿credibilidad?

Pero por si tentar dos veces a la suerte, y tan seguidas, fuese una temeridad, eligió — menos libremente de lo que habría querido, *pero es lo que hay* — no pronunciarse hasta, una vez consultados sus apuntes, tener absoluta... ¿certeza?